

#### XIV. El hombre nuevo

Ya que el moderno culto al dinero nos ha hecho olvidar 25 siglos de historia, insistiremos en que los métodos para aprovechar el trabajo colectivo —sin contar con grandes inversiones sino con herramientas, muchas veces hechas al pie de la obra— son tan antiguos como la civilización. Las jornadas colectivas, desempeñadas por esclavos entre los egipcios y por hombres piadosos al pie de Notre Dame, sirvieron para forjar la urdimbre de la civilización: las vías romanas, los bosques de Japón, las catedrales de España, los canales de Francia. Unas veces por obligación y otras por devoción, esas jornadas —antes del advenimiento de la producción en serie— fueron una respuesta sensata a las necesidades y a las ilusiones de cada comunidad.

El sistema medieval de los “tributos de trabajo”, en los que se pagaban impuestos con horas de labor, fue causa de muchas injusticias que desviaban el propósito de la solidaridad entre el ciudadano y su comunidad, pero crearon un capital material y un entramado espiritual que hoy podemos ver en conventos, asilos y hospicios en todo el continente europeo.

Aun cuando a través de la historia las movilizaciones colectivas han adquirido muchas formas, éstas pueden agruparse en cuatro grandes sistemas:

a) Los servicios obligatorios de mano de obra; los más antiguos y generalizados, ejecutados con siervos o con hombres libres bajo el mandato de alguna autoridad.

b) Los servicios voluntarios y gratuitos de acción comunitaria, nacionales o internacionales; el voluntariado social de jóvenes y adultos que sobrevive como impulso milagroso ante la deshumanización del gigantismo.

c) Los sistemas de autoayuda (*Self-help*). Los participantes contribuyen a obras que los benefician directamente, realizando sus tareas bajo la dirección de expertos y, a veces, con ayuda material externa al grupo de trabajo.

d) El desarrollo de la comunidad. La movilización de los miembros de la aldea, barrio o paraje, para realizar la doble tarea del beneficio material y de la superación cívica.

Al repasar rápidamente los sistemas colectivos de trabajo sólo quisimos demostrar que son posibles, que han probado ser eficientes y que, en estos inicios de un orden económico mundial entre acreedores y deudores, son una necesidad y una prometedora posibilidad.

Ahora analicemos cada uno de esos sistemas con mayor detenimiento.

a) *Servicios obligatorios de mano de obra*. Cuando se habla de este asunto se recuerda inmediatamente el castigo de los trabajos forzados, una de las penas más infamantes impuestas al hombre; se oye automáticamente el canto doliente de los boteros del Volga o el remar de galeotes gimiendo bajo el ritmo del tambor de *comitre*. Por ello, las leyes de casi todos los países, la Organización de las Naciones Unidas y la Constitución mexicana prohíben la imposición de penas a trabajos forzados.

Pero los trabajos obligatorios pueden ser justos, no como pena sino como deber cívico ante la sociedad. No me refiero a los borrachitos que sacan de la cárcel del pueblo a barrer calles después de una noche tormentosa sino al trabajo social que se impone a pasantes de ciertas carreras profesionales.

En este siglo pródigo en totalitarismo, el trabajo obligatorio ha sido un instrumento de uniformidad espiritual en periodos prebélicos. En algunas naciones, al lado del servicio militar obligatorio o en lugar de éste, se establecieron servicios de trabajo obligatorio para jóvenes llegados a la mayoría de edad. En Rusia, en Alemania, Italia y Japón fueron establecidos como medida previa a la movilización militar que tenían en mente.

En otros países como Francia, Suiza o México se establecieron solamente servicios militares que, entre otras cosas, se dedicaban a tareas constructivas, rescate de tierra agrícola, restauración de bosques, construcción de puentes y otras.

El horizonte frente a nosotros nos lleva a preguntarnos si, en un continente cuyas carencias se agitan con el crecimiento de la población, ¿no sería más benéfico un servicio de trabajo que un servicio militar?, o bien nos obliga a pensar en la posibilidad de que los ejércitos profesionales que hay en nuestro subcontinente se conviertan en equipo de trabajo para construir la infraestructura que facilite el progreso.

La primera reacción a esa posibilidad puede ser de rechazo, sin embargo, ubicándola en un país que tiene mano de obra abundante y múltiples carencias, resulta más lógico, más digno, acudir a las nuevas generaciones en un deber de honor que acudir a la Banca Morgan. El estirón nacional que pueden brindar millares de picos y palas, remendando los destrozos de una explota-

ción abusiva de la tierra, tendría grandes efectos materiales y espirituales.

Pero si por rutina, por temor al cambio, se piensa que esta posibilidad crea más problemas de los que resuelve, veamos las otras.

b) *Servicios voluntarios y gratuitos de acción comunitaria*. Uno de los pensadores preocupados con el fenómeno de los hombres sin trabajo en un mundo donde hay tanto por hacer escribió:

Los recursos inexplorados del mundo han de ser utilizados dando trabajo voluntario a todos los hombres actualmente subempleados, con lo cual se crearán las condiciones para inversiones en mayor escala.<sup>1</sup>

Aun cuando las faenas voluntarias son muy antiguas y muy nobles, hoy han caído en desuso por la agresión del capital y la tecnología gigante. Se cree que aquéllas pertenecen al pasado y que no tienen cabida en el mundo del maquinismo. Sin embargo, en un mundo que permanece en barbecho tienen una doble misión que cumplir: crear riqueza material y un valioso patrimonio espiritual.

Los movimientos voluntarios de acción social nacieron al final de la primera guerra mundial, como una reacción de jóvenes pacifistas que deseaban restañar heridas y restablecer la fraternidad europea. El primer campo de trabajo voluntario se estableció precisamente en Verdún, lugar de una de las más sangrientas e inútiles batallas de la guerra. En la aldea de Esnes, veintenas de jóvenes ingleses, franceses y alemanes trataron de ayudar a los campesinos a reconstruir sus casas.

<sup>1</sup>Gabriel Ardant, *Le monde en frische*, PUF, París, 1970.

Aunque a los pocos días los campesinos expulsaron a los jóvenes, ése fue un primer ensayo que heredó una lección a menudo olvidada: que el servicio voluntario debe recibir el apoyo de quien lo da y de quienes lo reciben. De cualquier modo ahí surgió el proyecto de establecer en Suiza —bajo la promoción de Pierre Ceresole— el Servicio Civil Internacional, que canalizaría la buena intención de todos aquellos que quisieran ayudar a su prójimo a base de trabajo voluntario. El lema de aquel servicio era una declaración de fe muy antigua: *Facta, non verba* (hechos, no palabras).

En 1948, después de la segunda guerra mundial la UNESCO celebró la Primera Conferencia de Organizadores de Campos Internacionales de Trabajo, para coordinar a ese voluntariado a nivel mundial y de ese modo surgió un nuevo florecimiento.

En Estados Unidos, bajo la promoción del presidente Kennedy, se creó el Peace Corps (Cuerpo de Paz). Más tarde se convirtió en Volunteers in Service to America (Voluntarios al Servicio de América), que movilizó a tres millones de jóvenes. Bajo esa misma inquietud, el presidente Lyndon B. Johnson dijo:

Se deberían buscar formas mediante las cuales cada joven norteamericano tenga la oportunidad —y sienta la obligación— de dar al menos unos cuantos años de su vida al servicio de otros, en esta nación o en el mundo.

Lamentablemente, a pesar de la urgencia social, cultural o económica de las jornadas voluntarias, en nuestros países no han cobrado fuerza; no se promueven dentro ni se aceptan de fuera. Parece que la frustración ante el subdesarrollo permanente y un egoísmo disfrazado

de éxito en los negocios están aniquilando el espíritu de entrega por el bien de los demás.

En su momento, Gabriel Ardant habló de la movilización de voluntarios hambrientos, mediante el suministro de excedentes alimenticios, no sólo por razones humanitarias sino a cambio de su aportación en tareas donde ellos mismos saldrían beneficiados. Así como en Francia se estableció la sociedad *Medicins du Monde*, para asistir a quienes lo necesitan en cualquier parte del globo, habría que pensar en instituciones voluntarias para convertir la ayuda alimenticia en condiciones materiales que, algún día, hagan innecesaria la asistencia.

Pero ese desplazamiento de excedentes alimenticios puede también darse al interior de nuestros países. Cuando leemos que por cierre de fronteras se pudre el tomate o que por baja de precios no se levanta una cosecha —sabiendo que no lejos hay quienes padecen hambre y desnutrición—, pensamos que la respuesta de una economía humana, de una sociedad solidaria, sería la de llevar los excedentes a quienes carecen de ellos como estímulo a jornadas para crear el bien común.

En el mundo presidido por el egoísmo capitalista, donde las naciones con excedentes están en guerra comercial para ver quién destruye a quién, la idea del desplazamiento de la superabundancia suena a locura imposible, pero a la larga el daño económico y el perjuicio ecológico serán menores.

La promoción de un voluntariado de aldea o de metrópoli para desazolvar una represa, atajar las brechas de la erosión, bordear caminos con árboles, reforestar parques, recoger la basura de baldíos contaminantes, construir la escuela, la clínica, el puente de piedra no requerirá grandes inversiones financieras y, sin embar-

go, servirá para elevar el nivel de vida y fortalecer el sentido de identidad de este país.

c) *Sistemas de autoayuda*. En Europa, después del diluvio de fuego de la segunda guerra mundial, había varios millones de hogares destruidos. El 20 por ciento de las viviendas de Francia, el 30 por ciento de las inglesas, el 40 por ciento de las alemanas hubieron de ser construidas o reconstruidas y en los tres casos utilizaron el sistema de ayuda propia, la autoayuda, las cooperativas de construcción de vivienda, el “esfuerzo propio ayudado”. Los interesados en tener una nueva vivienda aportaban su esfuerzo personal, sus horas de trabajo directo y —entre todos ellos, millones de horas-hombre— ahorraron mucho tiempo en la reconstrucción residencial. El capital financiero estaba comprometido con la reedificación industrial.

Este sistema tiene raíces muy remotas, desde los tiempos en que los vecinos le ayudaban a construir su futura casa a una joven pareja de la aldea o la tribu. En este siglo, el formidable ejemplo europeo nos mostró que esa cooperación es posible y provechosa.

Tal vez alentado con ese ejemplo, en el año de 1951 la Organización de Estados Americanos estableció en Colombia un Centro Internacional de Vivienda y Planeamiento dedicado, principalmente, a promover la construcción de viviendas con lo que llamaron “esfuerzo propio con ayuda oficial”.

Gracias a ese organismo se realizaron proyectos de vivienda popular en Colombia, Costa Rica, Chile, Nicaragua y Guatemala, países en los que se construyeron más de 20 mil casas modestas en un momento en que comenzaba el nefasto éxodo hacia las ciudades. Lamentablemente las dificultades internas de la organización y la corrupción oficial, que veía en cada plan un nego-

cio que se le iba, hicieron que los proyectos se fueran perdiendo. Se fortaleció el sistema actual en que los gobiernos hacen grandes inversiones y luego esperan que los obreros las paguen con sus ahorros.

El sistema de autoayuda, que está reducido a un sistema de demagogia filantrópica de nuestro gobierno, pudo haber tenido un impacto maravilloso si lo hubiéramos aplicado en el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores, el corrompido Infonavit.

En todas las ciudades medianas donde no hacen falta los multifamiliares, donde las distancias de la fábrica al hogar no son más agotadoras que la jornada, era posible haber establecido el sistema de ayuda propia, aprovechando la buena voluntad y las horas libres de los obreros. Si lo hubiesen hecho, el mismo capital hubiera alcanzado para un 20 por ciento más de viviendas; el rezago no sería tan enorme y los pagos no hubieran sido tan pesados o tan prolongados. Sin embargo, por ignorancia y voracidad aquello fue un botín de influentes para obtener contratos o viviendas y se perdió una gran oportunidad.

d) *Desarrollo de la comunidad.* El término anterior nació en la apacible ciudad universitaria de Cambridge, Inglaterra, donde en 1948 convocaron a una Conferencia para la Administración Africana. Al terminar la última gran guerra, la ONU estableció un plazo de quince años para acabar con el colonialismo. En 1947 la India se independiza del Reino Unido, pero hindúes y musulmanes se dan un baño de sangre en el que mueren más de un millón de hombres, mujeres y niños, en sólo tres meses.

Ante esa situación se temió que eso mismo pudiera pasar en todas las naciones del sobaco de África y se convocó la conferencia "para crear las bases culturales

y administrativas de la independencia". Como en aquellos días el término desarrollo económico había respondido a las esperanzas del mundo, acuñaron un término con dos palabras de gran atracción: "desarrollo", que implicaba salir del agujero de la miseria, y "comunidad", que tenía evocaciones de sacudimiento espiritual de los pueblos.

La idea original era que el movimiento fuese, a la vez, material y espiritual. William Bidle, uno de los entusiastas de la idea, señaló:

El desarrollo de la comunidad es un proceso en el que los seres humanos pueden hacerse más competentes... (es) un método colectivo para el desarrollo de la personalidad... el énfasis se pone en lo que le ocurra a la gente, social y psicológicamente hablando.

Por su parte, Fred Hole dijo:

El desarrollo de la comunidad no significa mejores caminos, mejores viviendas, agua más pura ni retretes sanitarios. Es algo espiritual, no material. No es una construcción material, es un edificio de los corazones y mentes de los hombres.

Es pues la restauración de la confianza del hombre en su aldea y de la aldea en su nación.

Después vinieron las desviaciones burocráticas de la idea, dándose el caso, en México, de que el Instituto de Desarrollo de la Comunidad —creado durante el sexenio de Echeverría— no sólo no estimulaba las iniciativas locales, sino que las prohibía hasta que llegara el tecnócrata capitalino.

En la India utilizaron el radio para fomentar su Programa Constructivo Autónomo cuando el tener

un receptor en cada poblado ya era un adelanto muy valioso.

Imaginemos el ímpetu que tomaría actualmente el desarrollo de la comunidad si se contara con un programa de televisión que mostrara cómo y por qué emprender obras en cada una de las cien mil comunidades que hay en el territorio mexicano. Sería fabuloso.

Hemos repasado temas sobre los cuales se han escrito muchas páginas y se han desarrollado muchos intentos prácticos; son esquemas que pueden servir para modificar nuestra creencia dizque moderna de que hay que invertir dinero para crear empleos, proponiendo la idea de que hay que promover empleos para crear capital.